

Propuestas de Medellín sobre la Sociedad

Luis Ugalde

En Medellín estuvo alto el espíritu profético de los Obispos latinoamericanos. Denunciaron la terrible realidad de nuestras sociedades. Anunciaron horizontes de consolación y de liberación integral. Señalaron arduos caminos para la creatividad ensanchando los horizontes de posibilidades concretas para disminuir la miseria y aumentar la paz y la justicia.

Los documentos de Medellín se dividen en tres bloques que se refieren a la PROMOCION HUMANA, a la EVANGELIZACION Y CRECIMIENTO DE LA FE y a la IGLESIA VISIBLE Y SUS ESTRUCTURAS.

En otro artículo de este número se van a analizar las proposiciones sobre la IGLESIA. Nosotros vamos a tratar de releer desde el momento presente lo que Medellín dijo hace 20 años sobre la SOCIEDAD LATINOAMERICANA y la PROMOCION HUMANA EN ELLA.

EN EL UMBRAL DE UNA NUEVA EPOCA HISTORICA

Para los Obispos en 1968, América Latina estaba "evidentemente bajo el signo de la transformación y el desarrollo". Transformación que iba a conmover profundamente "todos los niveles del hombre, desde el económico hasta el religioso". Sentían "que estamos en el umbral de una época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva". No es que crean fácil ni espontáneo este paso. Nos hablan de "una dolorosa gestación" y de un "gigantesco esfuerzo". (Cfr. Introducción a las Conclusiones Nº 4).

Tal vez entonces se percibían con más fuerza los anhelos y las ansias de parto. Hoy parecen más presentes las dificultades y obstáculos, sin que pierda fuerza de evidencia la necesidad sentida de una nueva sociedad.

El tema de la PROMOCION HUMANA es abordado en cinco partes que responden a otros tantos grupos de trabajo que elaboraron los capítulos respectivos del Documento: JUSTICIA, PAZ, FAMILIA Y DEMOGRAFIA, EDUCACION, JUVENTUD.

Muy significativamente el capítulo de JUSTICIA y el de la PAZ fueron los más novedosos y retadores para nuestros pueblos y para la propia Iglesia. En ellos se hace un diagnóstico global de la sociedad, vista con ojos del Espíritu de Dios. Se combina el análisis de la situación, la denuncia de terribles realidades inhumanas y la presentación del horizonte de liberación integral con el señalamiento de métodos y caminos.

Por un lado, la realidad actual, la "miseria como hecho colectivo, es una injusticia que clama el cielo" (Justicia Nº 1). Por otro, en Cristo se nos manifiesta la plenitud de la creatura nueva, en cuya búsqueda los pueblos sufren dolores de parto. Y el amor es el espíritu fundamental de todo el proceso.

La realidad latinoamericana leída por los obispos desde esa luz presenta los siguientes rasgos antihumanos:

- Diversas formas de marginalidad.
- Desigualdades excesivas entre las clases sociales.
- Frustraciones crecientes de las legítimas aspiraciones.
- Formas de opresión de grupos y sectores dominantes.
- Poder ejercido injustamente por ciertos sectores dominantes
- Creciente toma de conciencia de los sectores oprimidos (Paz Nº 2-7).

Son los títulos de otros tantos párrafos.

Todo ello con el agravante de que los ya privilegiados—salvo excepciones—"califican de acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios" (Paz Nº 5).

A nivel internacional los Obispos ven otras características que, al igual que las anteriores, impiden la justicia y por tanto atentan contra la paz. Se refieren particularmente "a las consecuencias que entraña para nuestros países su dependencia de un centro de poder económico, en torno al cual gravitan. De allí resulta que nuestras naciones, con frecuencia, no son dueñas de sus bienes ni de sus decisiones económicas". Ven también la dependencia política derivada de la total subordinación económica. En el aspecto económico señalan en concreto:

- Distorsión creciente del comercio internacional. "A causa de la depreciación relativa de los términos de intercambios, las materias primas valen cada vez menos con relación al costo de los productos manufacturados".
- Fuga de capitales económicos y humanos.
- Evasión de impuestos y fuga de ganancias y dividendos.
- Endeudamiento progresivo: "No es raro verificar que, en el sistema de créditos internacionales no se tienen en cuenta siempre las verdaderas necesidades y posibilidades de nuestros países. Corremos así el riesgo de abrumarnos de deudas, cuya satisfacción absorbe la mayor par-

te de nuestras ganancias".

- **Monopolios internacionales e imperialismo internacional del dinero.** (Paz Nº 9).

En el aspecto político los Obispos denuncian "el imperialismo de cualquier signo ideológico, que se ejerce en América Latina, en forma indirecta y hasta con intervenciones directas". (Paz Nº 10)

No solamente ven el peligro de ambos imperialismos sino la limitación de ambos sistemas: "El sistema liberal capitalista y la tentación del sistema marxista parecerán agotar en nuestro continente las posibilidades de transformar las estructuras económicas. Ambos sistemas atentan contra la dignidad de la persona humana; pues uno tiene como presupuesto la primacía del capital, su poder y su discriminatoria utilización en función del lucro; el otro, aunque ideológicamente sostenga un humanismo, mira más bien al hombre colectivo y en la práctica se traduce en una concentración totalitaria del poder". (JUSTICIA Nº 10).

A las tensiones con las grandes potencias se añaden otros dos elementos muy negativos en la relación entre los países latinoamericanos:

- **Un nacionalismo exacerbado en algunos países.**
- **El armamentismo.** "Se trata frecuentemente de una necesidad ficticia que responde a intereses diversos y no a una verdadera necesidad de la Comunidad Nacional" (Paz Nº 12 y 13).

LA AMENAZA DE LA VIOLENCIA

Junto a estas situaciones de fondo que impiden la paz, los obispos explicitan la violencia como "uno de los problemas más graves que se plantean en América Latina" (Paz Nº 15).

En primer lugar la "violencia institucionalizada" basada en estructuras socio-económicas que violan los derechos fundamentales de las mayorías. "La violencia no es cristiana ni evangélica". Los Obispos comprenden que en América Latina nazca la "tentación de la violencia", pero advierten que la solución no vendrá por ahí. Aun en aquellos casos en que es legítima (legítima defensa), generalmente engendra mayores males. "Si consideramos, pues, el conjunto de las circunstancias de nuestros países, si te-

nemos en cuenta la preferencia del cristiano por la paz, la enorme dificultad de la guerra civil, su lógica de violencia, los males atroces que engendra, el riesgo de provocar la intervención extranjera por ilegítima que sea, la dificultad de construir un régimen de justicia y de libertad partiendo de un proceso de violencias, ansiamos que el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz" (Paz Nº 19).

CAMINOS DE PAZ Y JUSTICIA

Medellín no se contentó con el diagnóstico y la denuncia. Hace una llamada a quienes más pueden contribuir a las soluciones y marca ciertas líneas de acción.

Llamadas y Líneas de acción

Los Obispos son realistas y dirigen su llamada "en primer lugar, a los que tienen una mayor participación en la riqueza, en la cultura o en el poder" (Paz 17). Les pide que sean sensibles y no se opongan "a las transformaciones profundas que son necesarias". Les recuerda que si se aferran a sus privilegios "y, sobre todo, si los defienden empleando ellos mismos medios violentos, se hacen responsables ante la Historia de provocar 'las revoluciones explosivas de la desesperación'", en palabras de Pablo VI en Bogotá.

Llaman también a los que, sin oponerse directamente a los cambios, "permane-

cen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz".

Se requiere "una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular". Se trata de que quienes no tienen riqueza ni poder se organicen para así poder incidir en la construcción del bien común.

Finalmente hacen una llamada a los tentados por la vía violenta. Les advierten que por ese camino se seguirán mayores males.

También tiene muy en cuenta a los que son considerados del **hombre-clave** en todo el proceso de cambio profundo. Hombres-clave por su capacidad de incidir en las decisiones. Mencionan expresamente los técnicos, los políticos, los dirigentes obreros, los campesinos, los empresarios y los hombres de cultura en todos los niveles (Justicia 19).

Al llegar a las conclusiones pastorales para trabajar en favor de la paz, señalan unas líneas de acción muy significativas. Mencionemos unas cuantas: Despertar en los pueblos un vivo sentido de justicia social y de solidaridad; defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos; denunciar los abusos e injusticias; educar en los templos y centros educativos para la justicia y la paz.

Un punto clave en nuestras sociedades de pueblo despojado y poco organizado es "alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia" (Paz 27). Es la manera de lograr que la democracia sea democrática y que el ejercicio del poder social se redistribuya.

VEINTE AÑOS DESPUES

¿Qué impresión nos causa la lectura de estos puntos veinte años después?

Por un lado parece que el diagnóstico de la realidad es correcto. Incluso pudiéramos decir que los temores señalados se han cumplido. Pero por otro lado, esta triste confirmación va acompañada de una



CERRADO JIMÉNEZ (1972)

sensación de que estamos en un círculo infernal sin salida. Ninguna de las aspiraciones de cambio y vías de avance vemos confirmada de manera significativa.

La gravedad de los problemas se ha acentuado. La violencia desatada en lugares como Centroamérica, Perú, Colombia... parece el recurso desesperado que agrava más los problemas sin lograr abrir caminos de solución.

Fracaso de los intentos de cambio

Pero no todo es igual. No es lo mismo hacer el diagnóstico de una enfermedad que confirmarlo 20 años después. Esto último significa que las esperanzas, las ilusiones, las fórmulas que se creían tener para el cambio han fracasado. América Latina es un enfermo social que no ha mejorado con los remedios probados y al que se le impide el acceso a otros.

Ayer se pensaba que había soluciones y caminos. Había que aplicarlos. Hoy tenemos que sacar lecciones dolorosas de lo ocurrido en estas dos décadas.

Se ensayaron los modelos. Pensemos en el "milagro brasileño". Ahí se aplicó el modelo desarrollista con las posibilidades que ofrece todo un continente con sus recursos y mercado, el dinamismo de las transnacionales, la represión de todos los dirigentes de oposición, el control del movimiento laboral, con salarios bajos y con la paz que impone la política de Seguridad Nacional... Llegó la propaganda del milagro. Se pagó un alto precio humano. Veinte años en el poder, para al final reconocer el fracaso y tener que iniciar de nuevo la búsqueda de otros caminos.

También podemos pensar en modelos e intentos distintos: el socialismo de Allende, el populismo mexicano, la democracia petrolera venezolana, el sociocomunitarismo peruano de Velasco Alvarado, el militarismo argentino con sus miles de desaparecidos y economía de "Chicago boys". Para no hablar de los intentos contrapuestos de Guatemala, Nicaragua, El Salvador.

No nos interesan los juicios ni las culpas. Lo indiscutible, independiente de la oposición política o ideológica, es que los factores internos y externos de resistencia al cambio se han mostrado más significativos, fuertes e invencibles que lo pensado. Todo el poderío de Reagan y su política de ultraderecha ha sido incapaz de promover una sola solución duradera en cualquiera de los países más dóciles a ese modelo.

Si somos capaces de aprender la historia reciente, lo menos que debemos decir

es que nos encontramos en una situación de perplejidad y con una sensación de que nuestros pueblos se hallan en un callejón sin salida. La deuda externa aparece como un temible peso insostenible. En los últimos cinco años América Latina ha destinado 1/3 del valor de sus exportaciones al servicio de la deuda. A pesar de haber pagado en intereses cerca de 110.000 millones de dólares de 1982 a 1987 su deuda se ha incrementado en 80.000 millones de dólares. Según estudios de la CEPAL, la mayoría de los productos primarios de exportación latinoamericana se mantienen en los niveles más bajos desde la segunda guerra mundial. El poder adquisitivo del salario ha disminuido e igualmente el Producto Territorial Bruto desde 1980.

Cada vez parecen menos viables los cambios socialistas que impliquen cambio de bloque en el enfrentamiento internacional. Análisis como la "teoría de la dependencia" resultan tan evidentes como irrelevantes a la hora de buscar caminos viables. Algo parecido está ocurriendo con el marxismo y con ideologías de derecha. La realidad es una fuerte bofetada a toda promesa ideologizada. La última moda neoliberal y la propuesta de importar el modelo asiático que hace milagros en Japón, Corea del Sur, Taiwan y Singapur, pueda servir como propaganda y como autoengaño; pero nada más. La realidad del insostenible endeudamiento externo, la marginalidad, el desempleo, el deterioro de las exportaciones, la dependencia creciente, el estúpido militarismo que alimenta a los vendedores de armas inútiles, la violencia desesperada, el enriquecimiento parasitario de pseudoempresarios... están ahí como un hecho masivo, doloroso y sin signos de mejora.

Del lado de la Iglesia Católica se han revelado algunos puntos débiles y también puntos fuertes. Nos referimos a su contribución al necesario cambio social, ya que los otros aspectos son objeto de otro artículo.

La Iglesia ha logrado proyectar una esperanza en las mayorías. La sienten más cerca de sus necesidades que del disfrute del poder. Su imagen es más evangélica y hermanada con los desposeídos. Desposeídos que son creyentes, que son Iglesia, que son Pueblo de Dios. En las denuncias, en las mediaciones de paz, en dar voz a los que no tienen voz, en la defensa de los derechos humanos, en la vida de base, en las organizaciones populares. Ahí la Iglesia está presente. Con frecuencia no tiene soluciones, pero está ahí sufriendo con el pueblo que sufre; a-

compañándolo como el Cirineo a llevar la cruz. Muchos han echado su suerte con los pobres. Y los pobres—a pesar de todo—confían en la Iglesia y mantienen su fe y esperanza. Son Iglesia.

Fuera de ciertas bases populares, el espíritu de Medellín no ha ido mucho más allá del clero: algunos obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas. Pero los sectores católicos con riqueza, saberes y poderes—que son tantos y tan significativos—no han asumido Medellín ni Puebla. Los han visto con hostilidad. Los han combatido. El catolicismo de la mayoría de profesionales políticos, empresarios de formación católica, ha decantado en contra de los cambios profundos por los cuales la realidad latinoamericana clama al cielo y a los hombres.

No se trata de juzgar culpabilidades, sino de ver fríamente hechos. Sin duda 20 años es poco para cambios tan profundos como los pedidos por Medellín. Tal vez no se ha explicado bien... Cualquiera razón puede ser buena. Pero el hecho es que la Iglesia no ha sido capaz—no hemos sido capaces—de promover todo un movimiento espiritual y cultural integral (capacitación, economía, sociedad, organización, tecnología) hacia un cambio humano en justicia y paz para las mayorías.

Aquellos grupos de profesionales y políticos de inspiración cristiana que tomaron la teoría de la dependencia o instrumentos de análisis y de cambio marxista, o que han participado en los movimientos populares, en las políticas de cambios profundos, han padecido las mismas limitaciones inherentes a esas alternativas. Cuando en las visitas del Santo Padre a América se señalan con dramatismo los mismos temas de Medellín, las mismas llamadas a realizar profundos cambios, se escucha, se aplaude pero... no se hace nada por tomarlas en serio.

¿QUE HACER?

Son demasiados los factores nacionales e internacionales que influyen en la actual situación latinoamericana para aventurar soluciones. Son muchas las disciplinas de análisis (economía, antropología, política...) que se deben tomar en cuenta. Y el futuro siempre será incierto. Por eso lo más sensato sería terminar el artículo aquí; a pesar de todo su pesimismo. Pero tal vez es más honrado, aunque más odioso y arriesgado, aventurar un par de ideas que tal vez tengan que ver con una medicina desagradable y amarga, pero sin la cual no podrá sanar el enfermo, pues no será capaz de asimilar los otros remedios.

El camino hacia la justicia y la liberación y la paz de América Latina pasa por el PRAGMATISMO y la NEGOCIACION. Algo muy difícil para quienes tienen el poder, pues significa compartir con los que no lo tienen. Difícil también —casi imposible— de hacerlo compatible con el espíritu profético que por definición es purista.

Medellín denuncia bien la realidad y presenta un horizonte de paz y de justicia para todos. También el espíritu y los principios para buscar el cambio. Pero esas aspiraciones tienen que ver con las ciencias sociales, con el aporte de los especialistas, con las organizaciones sociales. Precisar más en esas áreas no corresponde a los obispos. Parece estar claro lo que es necesario; ahora hay que hacerlo posible. Y esto requiere una buena dosis de pragmatismo, de sentido práctico para dar los pasos posibles. Y no menos necesaria es la negociación para lograr esas metas. Negociación entre factores nacionales e internacionales que tienden a descalificarse y demonizarse, y que sin embargo se necesitan mutuamente.

No se trata de negociar los derechos humanos, ni la vida de las mayorías, ni las metas de justicia, de paz; sino negociar el modo de hacer posible el logro de esos objetivos.

De lo contrario, todo quedará reducido al enriquecimiento de la ya abundante retórica latinoamericana a la que hemos reducido la herencia de próceres, revolucionarios y estadistas.

El problema de América Latina no es sólo de América Latina. Es evidente para cualquiera que los problemas latinoamericanos de ayer y de hoy dependen profundamente de la realidad internacional y de las potencias determinantes. Con sólo eliminar el armamentismo, los términos desfavorables de nuestros intercambios comerciales, la hipoteca de la deuda en las actuales condiciones, se crearían posibilidades de avance. Pero ello significa un radical incremento de la capacidad de negociación latinoamericana; dentro de cada país, entre nuestros países y a nivel internacional. Sin retórica, con pragmatismo, con estudio de medidas viables.

No es el panorama que vemos ahora. Reagan puede negociar con Moscú, pero no puede negociar con Managua. Hungría puede negociar con la banca capitalista, pero la guerrilla colombiana no puede negociar con el gobierno. Es lógico que quienes tienen la riqueza y el poder no quieran negociar. Esa es la primera reacción. Pero cualquier inteligencia que mire las cosas en conjunto y a mediano plazo, puede entender que sin pragmatismo y sin nego-

ciación no es posible un futuro deseable para América Latina. Sin capital ni inversiones no es posible el empleo, ni la producción de bienes y de servicios básicos. Pero sin que la calidad de vida y los objetivos de paz y de justicia se tomen en serio, nuestros países no parecen viables.

Sabemos que el esquema del todo o nada suena más puro y a veces hasta más cristiano. De ahí los enfrentamientos excluyentes. En ellos la demonización del contrario aparece como una necesidad. Y la incapacidad para negociar con el demonizado una consecuencia obligada.

Es triste que sólo se pida la mediación de la Iglesia y su colaboración para pactar en casos extremos y con miles de muertos debajo de la mesa de negociaciones. Lo vemos en Nicaragua, en El Salvador, en Perú. Al parecer —aunque Medellín llame a esa reflexión, diálogo y cambio razonable— la Iglesia no ha logrado inspirar en los que llevan los movimientos políticos, económicos y sociales un talante de negociación, de sano pragmatismo que valora los medios concretos para lograr los fines de paz y de justicia.

Existe la complementariedad de los contrarios en la sociedad nacional e internacional. Pero pareciera que vemos con facilidad las diferencias sin lograr la madurez para captar la complementariedad.

Una de las tragedias del siglo XIX hispanoamericano fue el costo sangriento de la guerra de la emancipación, la ruptura total con la metrópoli, y la incapacidad de aquélla para reconocer los hechos hasta dos décadas después. El componente negociador fue mucho mayor entre EE.UU. e Inglaterra y por lo mismo corrió menos

sangre y se produjo menos miseria.

A los 20 años de Medellín la realidad es más trágica que en 1968. Vemos los ensayos fallidos, las cenizas de las ilusiones de rápida solución global, los miles de cadáveres de la represión, de la lucha armada, de la miseria. Esta situación exige, a nuestro parecer, una Iglesia que inspire el camino de la negociación, de las negociaciones múltiples. No negociación entre el gato y el ratón, sino negociación que supone incremento organizativo, aumento de poder negociador desde los más débiles hasta los más fuertes.

Tal vez el de negociador no es el talante de los profetas, pero sí puede ser el de una Iglesia inmersa en el dolor y en las esperanzas históricas y conscientes de que en la historia sólo son posibles pasos graduales, parciales, gracias a la complementación y aportes de los que ayer parecían enemigos irreductibles.

El objetivo de menos guerra, menos miseria, más convivencia y más vida para las mayorías, el objetivo de Medellín, puede orientar ese talante negociador donde los recursos y factores no se resten, sino que se sumen en una complementación difícil pero necesaria. También esto parece cierto y urgente para la próxima década venezolana.

Lo más trágico que pudiera ocurrir para el futuro de América latina es que la Jerarquía se cansara de Medellín y que quisiera pasar esa página buscando caminos más "espirituales", menos conflictivos o más cómodos. El pueblo se sentiría abandonado y perderíamos lo único que nunca puede negociar la Iglesia: su identidad evangélica.

